

EL EUNUCO (*acercándose á Iria*).

¡Oh mujer! Lloras como si tu dolor fuera el único dolor de la tierra. Vuelve en torno tuyo los ojos, y verás penas tales que te hagan fácil y llevadero tu triste sentimiento. Yo tambien nació libre en el seno de nuestra madre naturaleza. Tambien corrí de niño tras las mariposas, y de jóven tras los ciervos por las oscuras enramadas y por las orillas de los abismos y de los torrentes. Yo tambien tuve una madre que velaba mi sueño, que bebia mis lágrimas, que daba el calor de su vida á mi débil cuerpo, y me criaba para su hogar y para su felicidad. Jóven era, y no habia visto ciudades, no habia visto palacios, apenas habia conocido más hombres que el náufrago por la tempestad arrojado á nuestras playas, ó el caminante con su caravana perdido en el desierto, que venia á pedir un asilo á nuestro oásis. Habia crecido, y no sabia que hubiese en el mundo látigos, cuerdas, cadenas, mordazas, ligaduras, esclavitud. Creia que yo no podia nunca ser ménos libre que el arroyo cuyas aguas se exparcen por el prado, ni que el águila cuyas alas se abren allá en las regiones superiores de los vientos, ni que la flor cuya corola recibe los besos de los aires y de la luz, ni que el bruto fiero cuyo instinto se

mueve por selvas, cavernas y montañas. En mi aislamiento, en mi vida pegada á la vida de la naturaleza, en mi sér que tenia por suyo todo el campo, no habia podido caber el pensamiento de que el hombre necesitara de la esclavitud del hombre para ser grande, poderoso y fuerte. Un dia lo aprendí por mi mal. Nunca supiera lo que es el hombre, nunca. Pasó por nuestro campo un ejército del Asia. La voraz langosta es más compasiva para las plantas que aquellos hombres, y el soplo del encendido simoun más fresco y más vivificador que su aliento. Cayeron los árboles, rodaron los frutos, secáronse las flores, desapareció bajo sus pisadas la yerba, y tambien mi libertad, tambien mi alma. Yo era amado de mi madre como el cachorro de la pantera. Arrojóse la pobre mujer sobre los que me arrancaban del oásis para esclavizarme, y las lanzas de los guerros atravesaron su corazon, y cayó exánime á mis piés. Yo amaba, en la primavera ya de la vida á una pobre niña que guardaba los ganados de mi padre, y que de vez en cuando me traia una corona de flores, que yo ceñia á sus sienes, y juntos nos sentábamos al pié de un sáuce, en la mullida yerba, á mirarnos en la clara linfa de la fuente. Aquella niña, cuyos lábios no habia yo tocado con

un beso, fué arrojada á un serrallo. Despues, para atormentarme eternamente, me mutilaron y me pusieron con una cadena al cuello á guardar el lecho de los placeres de mi señor. Ahora vengo yo á mi vez, borrado ya todo sentimiento en mi pecho, á llevarme ese niño, ese hijo tuyo que has criado con tanto cuidado, que quieres con tanto amor, que es tu corazon y tus entrañas.

IRIA (*fuera de si*).

Quítame la vida. Ahora, ahora mismo, máta-me. Por ahí debe haber una espada que sea más compasiva que tu lengua, cuyo veneno ha caído hasta en el seno del alma. Quiero que el sueño de la muerte cubra mis párpados. Buscad, buscad entre las piedras del camino un áspid, y aplicádmelo al corazon. A medida que beba mi sangre, se irá tambien bebiendo mi dolor. Pero me vais á arrancar á mi hijo, á mi esposo, y no me voy á morir. Esta, esta es mi pena. Entrañas mias, sois de piedra. ¡Ah! El dolor es una espada que hiere y no mata. Las lágrimas son un veneno, que emponzoñan y corroen, y no aniquilan. Mi hijo es mi vida. Yo no consiento que pueda nadie arrebatármelo. Yo lo defenderé hasta morir. Yo volveré á esconderlo en mi seno, y

tendreis que abrírmelo si es que intentais arrancarme mi hijo. No sé lo que digo. Per piedad, por compasion, no me arrebatéis á mi hijo. Se va á morir sin el amor de su madre. Necesita aún mi amparo, necesita aún mis besos, necesita aún la luz de mis miradas. Arrodillate, hijo mio, llora como tu madre. Pide que no nos separen, que nos vendan juntos, juntos. ¿Quién se resiste al lloro de una madre y de un niño? Lo oís y no llorais. ¡Ah! Estoy perdida.

EL EUNUCO.

No soy yo quien compra, mujer; es mi amo, es mi señor. Yo estoy aquí escuchando tus quejidos, que me recuerdan cuánto padecería en la última hora de nuestra separación mi madre. Si yo fuera libre, no encadenaría á ningun sér. Me pides la libertad, la vida de tu hijo, á mi, ¡ay! á mí, que soy esclavo, que soy eunuco. En esta sociedad, el infeliz, el desgraciado, debe cerrar su mente á toda idea, y á toda esperanza su corazon, y no debe amar, porque su amor puede ser la desgracia de muchos séres, y dar más esclavos á la tierra. Ese infeliz niño dormía tranquilo en el no sér, sin que supiese lo que son cadenas y tormentos y trabajos, cuando el fuego de vuestro

amor lo despertó á una vida que no habia pedido, lo trajo á un mundo que no habia deseado, y lo arrojó á esta gran tempestad, para que sintiera el peso de las argollas en sus manos y de las cadenas en sus piés, y comiera el pan amargo de los calabozos, y caminase por la vida continuamente azotado, y se clavara todas las espinas de que está erizada la tierra, y vertiera su más pura sangre, y contara sus dias por sus dolores, y no tuviera más Dios ni más esperanza que la sombra de su misma desesperacion prolongándose más allá aún del sepulcro.....

ORIEL.

Calla, calla. No atormentes con la evocacion de ese terrible pensamiento mi corazon. ¡Si vieras cuántas veces me he quedado transido de dolor al contemplarme causa de las desgracias que este inocente iba á sufrir en la tierra! Sus ojos, iluminados por tan hermosos reflejos, están destinados á ver tan sólo el ceño de un tirano. Sus labios, que hemos perfumado con nuestros besos de amor, deben proferir bendiciones para los mismos que lo esclavizan. Sus espaldas han de ser el pedestal de los tiranos. Su corazon se ha de negar á todo sentimiento. Y yo, esclavo, yo que ar-

rastró con horror una cadena y vivo maldiciendo siempre de mi suerte, sombra errante perdida en lo vacío, eterna condensacion de todos los dolores, he dado mi ponzoñosa vida, mi propio sér á lo que más amo, á lo que más puedo amar, á mi hijo, y he aumentado así el número de los instrumentos que mi señor tiene en sus manos para atormentar al mundo, siendo yo mismo el destinado á remachar con un nuevo eslabon la cadena de la esclavitud, que quisiera quebrar con sin igual esfuerzo.

EL EUNUCO.

Consuélate, si, consuélate contemplando que tu desgracia es universal. Vuelve los ojos, y verás por do quier esclavos. Aplica á todos vientos el oido, y escucharás el triste quejido de la esclavitud. La tierra que pisas está empapada de sangre de esclavos. El aire que respiras está cargado de lágrimas de esclavos.

EL JEFE DE LOS ESCLAVOS DE KEKOBAD.

Eunuco, ¿me compras, ó no me compras ese muchachuelo que vendo y que quieres comprar? Aquí se viene á negociar, y no á hablar de esa manera tan difusa y tan prolija. Méenos palabras

y más dinero. Por los dioses infernales te juro que no verás un niño mejor ni más rollizo en todo el mercado. Más que el hijo de uno de estos perros, parece hijo de un rey, como ese rapaz que trajo hace ya mucho tiempo de las islas griegas el Pirata. Mira, mira el muchacho que te vendo. Es rubio, de ojos azules, de labios encendidos, de blancas y rosadas mejillas, de ancha frente; jugueton como una mariposa, alegre como un pajarillo que revolotea alrededor de una jaula sin saber que es aquella su prision, dispuesto hoy para escanciar todo el vino que se consume en un festin, destinado á ser mañana tal vez un gran guerrero, un gran cazador; y si acaso tu señor le destina á algun sacrificio religioso, con hundir un cuchillo en su garganta tiene una víctima sin duda más propicia que el balador corderillo, y siempre más pura que la sangre de una paloma.

IRIA.

¡Bárbaro! ¿Oyes? ¿Oyes? ¡Ay! Me arrancan el corazon. Dáme un beso, hijo mio, dá un beso á tu madre.

EL JEFE DE LOS ESCLAVOS.

Yo todos los vendo, todos, á bajos precios.

Nunca ha visto el mercado de Tiro tantos esclavos juntos. ¿Quién, quién me los compra? Llévate, eunuco, llévate al muchachuelo. Poco oro vale. El otro dia estuve en un mercado de Grecia, donde me llevó una velera nave fenicia. Allí los esclavos se emplean en todo y para todo. Hay esclavos para la casa; esclavos para las faenas del campo, como la siega y la vendimia; esclavos para remeros de las naves; esclavos droguistas y médicos y retóricos; esclavos para el culto de los templos; esclavos para la guerra; y tambien esclavos para bailar en los postres de los festines al son armonioso de la cítara y al ruido de las copas. Pregunté los precios. El esclavo destinado á dar vueltas á la rueda de un molino vale una mina; el que pasa su vida encerrado en los pozos buscando minerales, dos; el que en una fragua separa la plata de la escoria, tres; el segador no vale tanto, ni el gramático, ni el retórico; el arriendo de un cocinero dá seis óbolos diarios; por los demás trabajadores se paga en arrendamiento algunas buenas cantidades; por el rescate de cautivos hechos en la guerra, dos minas; aunque ha habido rico que ha dado un talento por el hallazgo de un esclavo huido del hogar, á quien al dia siguiente de recobrarlo ha condenado á muerte. Pero lo

que más caro se paga es sin duda el niño robusto que sirve para adornar los festines y la hermosa mujer que el poderoso arrastra por concubina á su lecho. Sólo se venden más caros que los esclavos en Grecia... los caballos.

EL PIRATA.

He estado en Grecia, y conozco el país. Tú aumentas los precios por vender más caros tus esclavos. He visto yo, yo mismo, dar un niño tan hermoso como ese por un puñado de sal.

EL EUNUCO.

No me paro gran cosa en el precio que me pides por ese muchacho. Por cargarme más de dinero, y para que pudiera soportar su peso, me ha dado mi amo esta moneda cartaginesa, que en un pedacillo de cuero sellado por aquella república encierra grandes y extraordinarias riquezas. Por consiguiente, ven aquí á un lado y te daré el precio del muchacho. (*Se retiran á un lado.*)

IRIA.

¿Lo oyes? ¿Lo oyes? Comprarán á nuestro hijo sólomente. Nos arrancarán este pedazo de nues-

tras entrañas. La única esperanza que me resta es la seguridad de que no sentiré por mucho tiempo este dolor que atenaceá mi corazón. Páliden mis mejillas, se descoloran mis labios, arden mis ojos, se ahoga mi pecho, y laten mis sienas con fuerza como si llamara la muerte á mi cerebro. Las lágrimas se han agotado, acaso como en señal de que bien pronto se agotará también mi vida. La insensibilidad se va apoderando de mi corazón, y el hielo de la muerte á su vez se apodera de mi cuerpo. Un gemido horrible, mudo, sólo escuchado por mi conciencia, me parte el corazón y me anuncia que pronto va á huir de este mundo el alma. La tempestad que ha pasado rozando con sus alas de fuego mi corazón, ha consumido todos, todos mis sentimientos. Sólo cuando veo á mi hijo, tan dulce, tan amoroso, y presiento nuestra separación, cae de mis ojos una lágrima, como una gota de veneno desprendida de una copa ya apurada. La horrible calentura que me consume y me devora, pinta en los espacios un hondo calabozo, y en ese calabozo, entre telarañas, entre insectos, entre murciélagos que revolotean por el húmedo aire, veo á mi hijo, insensible, estúpido, casi cadáver ya, y que sólo alguna vez se acuerda, como de un sueño, de su

madre, y atiende con cuidado para sentir si las paredes le transmiten algun sollozo, único compañero de su dolor. ¡Oh! Mi corazon salta de pena dentro de mi pecho. No hay amor como el amor de madre, y así no hay penas como las penas de las madres. Dioses, genios ocultos en el cielo y en los aires, dadme un poco de vida, calmad un tanto la intensidad de este dolor que destroza mi cuerpo. ¡Ay! Los mercaderes se acercan. Creo que han vendido ya la sangre de mi corazon, el aire de mi pecho, el calor de mi vida, mi hijo ¡ay! mi hijo. Amado compañero mio, decidámonos á un gran sacrificio. Trae tu puñal, y cuando vengán, que encuentren sólo un cadáver. Si muero, ¡qué dolor, dejar á mi hijo en cadenas! Si vivo despues de haberlo arrancado de mi regazo, no merezco ser su madre. Dame ¡ay! dame tu puñal, y lo clavaré en el pecho de mi hijo.

ORIEL (*volviéndose á los esclavos*).

Esclavos, oidme, oidme. (*Los esclavos se agrupan alrededor de Oriel.*) Ya es hora de que acabemos nuestros males por nuestro propio esfuerzo. Ya es hora de que nos decidamos á erigir un hogar, á tener una familia, á correr libremente por la tierra, como el ave por los vientos, como

la fiera por las selvas. Luchemos, y será nuestra la victoria. La desesperacion vence siempre á los felices de la tierra, que tienen temor á la muerte. El hierro que nos oprime debe ser el rescate de nuestra servidumbre. Despertaos, mirad de cerca á vuestros opresores, y vereis que son mas débiles, más miserables que nosotros, pues se hallan afeminados por sus afeites, heridos por sus placeres, turbados por el incienso que les consagran nuestras viles manos. Son grandes porque nosotros nos empeñamos en ser pequeños. Viven de nuestro miedo, como el milano de la timidez de la paloma. Se alimentan de nuestro trabajo. Apartémosles los hombros, y se vendrán á tierra desplomados. Juguemos todos nuestra existencia para ganar la libertad. Si vivimos, seremos señores y ellos esclavos. Nos pondremos en nuestra frente sus coronas, y arrojaremos sobre sus hombros nuestras cadenas. Si morimos, ellos pierden más que nosotros, porque matan su única riqueza, sus esclavos. Si quereis herirlos en el alma, decidámonos todos al suicidio. Si nos pierden, pierden la fuente de su vida. Y si nosotros los perdemos, ¿qué perdemos? La servidumbre. Decidíos, decidíos á luchar. Hijos de las selvas, esperezaos como el tigre y erguíos como el leon que ha sacu-

dido el sueño de la calentura. A vuestros gritos huyen los tiranos, como huyen las águilas al estruendo de la tempestad. Muramos, pero no seamos esclavos. La muerte es la libertad, mientras la vida es la servidumbre. Nosotros somos más numerosos, más fuertes que ellos. No somos dueños de nuestro ser, porque no queremos. Decidíos. Buscad en vuestro corazón la apagada centella de la voluntad. Nuestros hierros serán nuestras espadas. Seguidme, seguidme, y podreis estrechar contra vuestro corazón á la mujer que améis, y guardar vuestros hijos, y vivir libres en las selvas, y reposar en la sepultura de vuestros padres, y tener propicios á los dioses, que sólo atienden á los hombres libres y menosprecian á los esclavos. Decidíos á mirar en vuestros opresores vuestros enemigos. Acordaos del calabozo, del látigo, de la cadena, de la argolla, del breva-je que es vuestra comida, del duro suelo que es vuestro lecho, del peso de las piedras en vuestras espaldas, de la soledad de vuestros corazones, de las angustias de vuestros días, de la triste herencia de lágrimas, de horrores que legais á vuestros hijos, y la rabia y el furor y la desesperacion serán vuestro númen, y triunfareis. Y si no triunfais, en vuestra muerte habeis tomado de nuestros

enemigos venganza.... (*Un grito de universal entusiasmo contesta á las palabras de Oriel.*)

TURBA DE ESCLAVOS (*siguiendo á Oriel*).

¡A las armas, á las armas! Defendámonos. Salvémonos. Las piedras lanzadas al aire nos abrirán camino al monte, á la selva. Allí respiraremos. Nadie, nadie puede contener nuestra cólera, que ha salido de madre. Derribemos las empalizadas que nos cercan. Rompamos las cadenas que nos oprimen. ¡Al monte, á la selva! Quitaos, no nos detengais, mercaderes que nos vendeis; porque, si no, vais á probar nuestra ira. Armas, chuzos, piedras, eslabones rotos, pedazos de cadenas, todo puede servir para esta guerra. ¡Al monte, al valle, á la selva! Corramos lejos, muy lejos de aquí. Rompamos todo cuanto se opone á nuestro paso. ¡Al campo, al campo! ¡Guerra, guerra!

IRIA (*abrazando á Oriel en medio de la confusion de esclavos que se levantan y se arman y corren en todas direcciones*).

¡Oh! Por esta hora, por este momento tú eres el hombre más grande sin duda de la tierra. Despertar con la tempestad de tu voz á los esclavos, milagro es que te envidiarían los dioses. Hace po-

co, los desgraciados estaban ahí tendidos, inmóviles, imbéciles, sin acordarse de que podían luchar, resignados á llevar toda su vida una cadena y á dejar esa cadena en herencia á sus hijos, como una maldicion que alcanza á todas las generaciones ; y ahora , despues de haber hablado tú, el espíritu que no tenían, la conciencia de que estaban desposeidos, han entrado con el soplo de tu palabra en su sér, y se incorporan de su lecho de cenizas , y despiden de sus ojos centellas, y hablan como una gran tempestad, y se disponen á pelear por su vida y á abrirse con su valor un camino hácia los montes y las selvas, donde les aguarda para darles libertad la eterna madre del hombre, la próvida naturaleza. Peleemos. Débil mujer soy; mis manos se han hecho para dar vueltas al huso, mis ojos para llorar, mis lábios para murmurar oraciones; pero madre herida, madre despojada de mi corazon, de mi hijo, siento la pasion guerrera hervir en mi pecho, y me enardezco, y anhelo pelear, como el águila que vé amenazado su nido, ó la leona que vé asaltada su madriguera y heridos sus cachorros. Peleemos, sí, peleemos por mi hijo, ó muramos todos juntos de un solo golpe, de una sola herida.

ORIEL (*se dirige á los soldados de Kekobad, que aparecen á la entrada del mercado*).

¿Venís á ahogar á vuestros hermanos? ¡Infelices! Retiraos. No bebais inocentemente más sangre. Dejados ir á buscar nuestras montañas y nuestras selvas, ó si no, os arrastraremos como la catarata al tronco que se interpone en su corriente. Dejad á ese déspota en su triste sudario de púrpura, entre sus nubes de incienso. El manto que lleva está teñido en la sangre de vuestros padres, y ahora quiere levantar un trono sobre vuestros huesos. Vosotros peleáis para que él goce. Vosotros morís para que él triunfe. Vosotros lleváis por todas partes la desolacion, para dar á un sér enfermizo, corrompido, una vida angustiosa. Cuando en el campo de batalla oye vuestros quejidos, vuestros lamentos, se goza como si oyera la música de un festin. Y es fuerte porque le sostienen esas espadas, y de esas espadas hace tanto caso como el elefante del insecto ó del reptil que aplasta en su camino. Abandonadle, y no vivirá un instante. Seguidnos á las selvas, y el rey de Asia será como la sombra de un sueño errante en lo vacío. (*Los soldados despiden una nube de flechas contra los esclavos.*)

TURBA DE ESCLAVOS (*defendiéndose*).

¡A ellos, á ellos! ¡A nuestros enemigos! ¡Guerra! ¡Muerte! (*Los soldados ceden al primer empuje de los esclavos, y huyen.*)

ORIEL (*á los suyos*).

Ya lo veis. Vuestros enemigos huyen al reflejo no más de vuestra mirada. El aullido que se escapa de vuestros pechos es más atronador que la tempestad. La piedra que sale de vuestras manos es una centella que hiende cuanto se le opone. Un esfuerzo más, y volareis á vuestro antojo por los campos. Un esfuerzo más, y la cadena de hierro que os sujeta caerá fundida por el fuego de vuestros corazones, y cada una de sus hirvientes gotas horadará el cráneo de nuestros enemigos. Un paso más, y podeis levantar una choza en el trono de las montañas, y allí erigir un ara á vuestros dioses, y en el ara ofrecerles los despojos de la esclavitud y el fruto que arranqueis á la tierra con vuestros brazos. Corramos, corramos á una nueva pelea.

KEKOBAD (*aparece en un carro de marfil y oro, vestido de púrpura, coronado con la tiara persa*).

Miseros esclavos, inmundos reptiles, ¿dónde

vais? (*Los esclavos todos caen de rodillas fascinados por el temor al rey, excepto Oriel que se queda de pié estrechando su puñal contra su corazón.*)
¿Qué sois para pedir libertad, torpes engendros de la noche? En Persia y sus dominios no hay, no puede haber más hombre libre que yo, vuestro amo, vuestro rey. Volved al polvo de donde habeis salido. Por más alas que quierá tomar la hormiga, nunca volará, y su eterna habitacion será el oscuro agujero abierto en la tierra, y su eterno alimento el pobre grano de trigo que el segador deje caer de sus espigas. Vosotros sois hijos de los divos, de aquellos génios del mal que se revuelcan en las frias tinieblas y destilan veneno de sus fáuces; y aunque intentárais levantaros, el rayo de Orzmud volveria á sumiros en los abismos de la desesperacion y á postraros bajo la eterna cadena de la esclavitud. Vosotros vivis de mi voluntad, respirais de mi aliento; y si mi voluntad os abandonara, caeriais todos desplomados en el infierno, entre el hierro y el fuego, á sufrir dolores, en comparacion de los cuales son alegría, fiestas, placeres vuestros dolores y vuestra desesperacion de hoy. Ahora mismo, ahora mismo vais todos á probar mi ira. Abriré mi mano, y caereis en el eterno abismo, y os envolverá la fria tela-

raña que Ahriman ha puesto sobre la nada. Todos vais á ser castigados.

ORIEL.

Todos no; yo sólomente. Ellos son inocentes, yo culpable. Miralos; apenas han visto tu rostro amenazador, apenas han oído el eco de tu voz, se han sepultado en el polvo, reconociéndose esclavos por su naturaleza. Si algun deseo de libertad ha cruzado como un relámpago por la oscura noche de su alma, ese deseo lo ha infundido mi voz, mi tonante palabra, que los ha despertado y les ha puesto las armas de su emancipación en la mano. Mas como no pueden levantarse de su degradación, sujetos y esclavizados á la materia por la pérdida completa de todo sentimiento, que oscurece la dignidad de su ser, así que te han visto amenazador, creyéndote un dios é imaginando que el rayo de tu venganza iba á caer sobre su frente, se han hundido en la tierra de que son hijos, como el inmóvil árbol, y aguardan á que los aplasten las ruedas de tu carro, las pezuñas de tus caballos y de tus elefantes. Así es que toda tu venganza, toda tu ira debe caer sobre esta cabeza que ha ideado una lucha, sobre este corazón que ha querido quebrar sus cadenas. Una

voz, una voz engañosa me decía que yo también soy hombre, y que sobre las espaldas del hombre no debe pesar siempre el hierro de la servidumbre, que le quita hogar, familia, templos y hasta dioses. Pero esa voz se ha desvanecido mil veces, dejándome la hiel del desengaño en el alma. El lloro de mi hijo, próximo á serme arrebatado, de mi hijo, á quien amo como no pueden amar nunca los déspotas, ha resonado en mi corazón, llamándome, no á la libertad, pues ya sé que la libertad no bajará nunca hasta el espíritu del esclavo, sino á la muerte, único alivio de nuestros dolores, única esperanza que centellea en el ocaso de nuestra misera existencia. Mátame á mi solo, porque al fin, cuando he alzado la voz, cuando he erguido la frente, cuando he vibrado este puñal, no he puesto mi pensamiento en la libertad, sino en la muerte, que al ménos me prometía ocultarme la eterna desgracia de mi hijo.

KEKOBAD.

Ya sé, esclavo, cómo he de atormentar tu orgullo y cómo he de castigar tu soberbia. Ya sé que quieres arrebatarme mis esclavos, entregándolos á un señor que tú crees más piadoso que yo, á la muerte. Pues bien, verás dónde llega

mi justicia, y cómo puede herirte mi mano omnipotente. Todos esos infelices que tú habias movido al crimen, han caido en el polvo á un soplo de mis lábios, como cae la flor á un beso del frio cierzo. Todos han mostrado que se resignan á su suerte, y que merecen ser mis esclavos y arrastrar la cadena que mi poderosa mano les ha ceñido para libertarlos de la muerte y hasta de la eterna noche de las tinieblas á que los condena su condicion y su nacimiento. Mas ya que el lloro de tu hijo te ha extraviado hasta negar á tu dueño y concitar contra tu dueño á esos infelices, tu hijo morirá ahora mismo, consagrado en el altar de los dioses como víctima expiatoria, y tú vivirás ¡infeliz! atado siempre á tu cadena, y desde hoy entregado al torcedor de tus remordimientos.

IRIA (*estrechando fuertemente á su hijo contra su corazon*).

¡Ah! ¡Por piedad! ¿Qué he oído? El pobrecillo nunca, nunca ha hecho mal á nadie. Es inocente. Sus lábios sólo saben sonreir, su corazon sólo sabe amar. No ha conocido ningun ódio en su vida, pues no ha hecho más que rogar á sus dioses, en las primeras oraciones que baluceaba su lengua, por el mismo que hoy le condena á muerte. ¿Y os atreveréis á herir este cuerpo, á ahogar esta

voz, á consumir esta existencia, á dejar caer vuestra ira sobre el único sér inocente que hay aquí, y que en su ignorancia ni siquiera sabe la pena con que vais á castigarlo? Matad á su padre, matadme á mí, en la hoguera, como queráis, inventando todos los tormentos juntos; pero no mateis á un inocente, cuyo único crimen consiste en ser nuestro hijo. Dioses, yo os invoco; dioses del cielo y de la tierra, yo os llamo. Oid, oid el lamento de una madre. (*A una señal de Kekobad, los soldados arrancan el niño á Iria*).

CORO DE SACERDOTES (*llevando el niño al sacrificio. Oriel é Iria van detrás, cargados de pesadas cadenas. Entran en una selva que hay al lado del mercado*).

Nada hay tan grato á nuestro dios Melcarth como el olor de la carne humana y el vapor de la sangre de niño que sube en espirales de humo á sus abiertas narices. Vamos á la oscura selva, llena de árboles seculares cuyas ramas se entrelazan sosteniendo una bóveda de enredaderas y de zarzas y de plantas parásitas, eterno asilo de lo buhos y de las lechuzas. En esta selva las piedras han sido lecho de innumerables cadáveres, y las plantas se han alimentado con sangre de las víctimas